

HISTORIA JENERAL
DE CHILE

POR

DIEGO BARROS ARANA

TOMO IX

SANTIAGO
RAFAEL JOVER, EDITOR

CALLE DE LA BANDERA, NÚM. 73

—
1888

comprender que su situacion habia dejado de ser desesperada. En efecto, desde ese dia i a pesar de anunciarse cada hora el próximo arribo del ejército patriota a poner sitio a Chillan, nadie pensó ya en otra cosa que en mantener la mas vigorosa resistencia (21).

8. Las diferentes divisiones del ejército chileno se dirijen a Chillan i se colocan enfrente de esta plaza.

8. El jeneral Carrera se hallaba entónces en marcha para poner sitio a Chillan. Hasta mediados de junio habia permanecido en Concepcion remontando su ejército i haciendo los demas preparativos para

la penosa campaña que iba a abrir en pleno invierno, en medio de lluvias que duraban casi semanas enteras, i que convertian los campos i caminos en lodazales intransitables, i los mas pequeños esteros en rios sin vado. Para batir aquella plaza, que las noticias que circulaban presentaban como mui bien fortificada por los realistas, Carrera hizo sacar de Talcahuano dos pesados cañones de a 24, cuya conduccion debia ocasionar en esa estacion las mas penosas fatigas. Para ello se habian construido dos sólidos carros de poca altura que debian arrastrar muchas yuntas de bueyes; pero el jeneral ordenó ademas que el convoi fuera precedido por una cuadrilla de peones encargados de ir reparando los malos pasos del camino. Esos dos cañones, defendidos por una escolta que mandaba el alférez don Bernardo Berrueta, salieron de Concepcion el 20 de junio para reunirse con la segunda division del ejército patriota que, a las órdenes de don Juan José Carrera, permanecia acampada en Coyanco. Dos dias despues partia con el mismo destino la primera division a cargo de don Luis Carrera. Ambas divi-

(21) Las relaciones contemporáneas son mui sumarias al referir este suceso. Quintanilla apenas lo menciona en los apuntes citados; i el *Diario militar* de don José Miguel Carrera no es mucho mas prolijo, si bien contiene algunas noticias interesantes. La que da el padre Martínez en la página 178 de su *Memoria histórica*, escrita sin duda segun los informes de los oficiales realistas, es mas estensa i prolija, pero exajera mucho las fuerzas de los patriotas, i suprime todo lo que se refiere a a traicion de que fueron víctimas.

El historiador español Torrente, que en 1828 escribia en Madrid su *Historia de la revolucion hispano-americana*, recojiendo los informes de los militares que habian hecho esta guerra, ha referido mui estensamente en el tomo I, capítulo 28, este combate, al que da grande importancia; pero, como el padre Martínez, exajera tambien el número de los patriotas i pasa ensilencio lo de la traicion.

Pocos dias despues cayeron en manos de Carrera el fraile Serrano i otros de los implicados en aquella traicion, i los envió a Talca para que fueran sometidos a juicio. Al campesino Fuentes, que habia sido el conductor de las comunicaciones de Urréjola, lo hizo amarrar a un cañon i allí se le dieron cien azotes.

siones debían ponerse en marcha pocos días después para avanzar sobre Chillan por medio de un movimiento combinado con la que traía del sur el coronel O'Higgins.

Desde los días anteriores, como contamos antes, don José Miguel Carrera había organizado en Concepcion una junta gubernativa encargada del poder civil. Dejando allí una pequeña guarnicion para atender a cualquier evento, se puso tambien en marcha; pero en vez de detenerse en Coyanco, siguió su viaje por Quirihue i Cauquénés hacia Talca. Carrera queria tomar algunas disposiciones necesarias para el éxito de la campaña, i sobre todo acelerar la marcha de la division de reserva que se organizaba al norte del Maule a las órdenes del coronel don Juan de Dios Vial. Esa division, reforzada con un destacamento de trescientos infantes que había sacado de Santiago el teniente coronel don Francisco Calderon, había demorado tanto su partida que a pesar de las órdenes premiosas de Carrera, solo había andado poco mas de dos leguas cuando había tanta urgencia en hacerla llegar a las orillas del Nuble. Carrera, que llegó a Talca en la noche del 26 de junio, aceleró cuanto era dable la partida de esa division. De esa ciudad sacó tambien los cañones de a 18 que allí había, i de cuya conduccion se hizo cargo el sarjento mayor don Hipólito Oller. Este veterano desplegó en ese servicio tanto celo como intelijencia, mereciendo que el jeneral lo considerase uno de los oficiales mas úti'es del ejército. Al saber el tercer día de marcha el desastre de las fuerzas que mandaba el coronel Cruz, Carrera hizo avanzar un destacamento de caballería a las órdenes del capitán don José María Benavente para defender los pasos del Nuble, i él mismo continuó su marcha a la cabeza de aquella division para acelerar las operaciones contra Chillan.

Los movimientos de las otras divisiones se habían ejecutado con bastante regularidad. O'Higgins, saliendo de los Ángeles a la cabeza de 1,400 hombres, venciendo las dificultades que le oponía la estacion, las lluvias, los lodazales del camino i el paso de los rios i de los esteros, i dispersando las partidas realistas que habían intentado inquietarlo en su marcha, llegaba el 8 de julio a colocarse a dos leguas al poniente de Chillan, al mismo tiempo que el grueso del ejército, formado por cerca de tres mil hombres, llegaba de Coyanco a las órdenes de los dos hermanos don Juan José i don Luis Carrera. Ese mismo día los tres jefes, acompañados por el coronel Mackenna i por el cónsul Poinsett se adelantaron con una escolta de ciento ochenta fusileros a hacer un reconocimiento de las cercanías de Chillan. Una partida realista que pretendió estorbarlo, se vió forzada a abandonar el campo de-

jando dos muertos i dos prisioneros. Despues de este reconocimiento, los cuerpos patriotas avanzaron el 10 de julio hasta ponerse casi a tiro de cañon de la plaza.

Los jefes patriotas esperaban con grande ansiedad la llegada del jeneral Carrera, temerosos de que pudiera ocurrirle algun contraste. Al fin, el 11 de julio se dejó ver a las orillas del Ñuble. Miéntras O'Higgins tendia en línea las fuerzas de su division a un cuarto de legua de Chillan para impedir una salida de los realistas sobre aquel rio, dos partidas lijeras mandadas por el capitan don Joaquin Prieto i por el teniente coronel de milicias don Manuel Serrano, favorecian el paso del jeneral en jefe. «No hizo movimiento alguno el enemigo sobre nuestra línea, dice el mismo Carrera, i llegué al campamento jeneral a las once del dia. De allí me dirijí a ver a O'Higgins i a todos los jefes que estaban observando la ciudad. El enemigo presentó una fuerza de trescientos hombres; pero a las pocas cuerdas hizo alto (22).»

Estas diversas dilijencias bastaron para dar a los jefes patriotas un conocimiento exacto del terreno en que iban a desenvolverse las operaciones militares i de las obras de defensa que habian ejecutado los enemigos, completando así las noticias que podian suministrar algunos militares que, como el coronel O'Higgins, conocian perfectamente el pueblo i sus cercanías. La ciudad de Chillan de 1813, que ha pasado a ser Chillan viejo despues del terremoto de 1835, que la arruinó, está situada en la cima de una loma de poca altura, encerrada entre el rio de ese nombre i un estero de escaso caudal que vacia en él sus aguas. Por el oriente, el terreno, apénas accidentado, llega hasta las faldas de la montaña que sirve de base a la gran cordillera. Sus otros costados tienen por límite mas o ménos cercano el rio Chillan que corre al sur, el pequeño estero de Paso Hondo, que corre al norte hasta vaciar sus aguas en el Maipon, i este último estero, que se desliza de norte a sur hasta caer en el rio Chillan, i que encierra aquella loma por el poniente. En esta parte, existe entre la ciudad i el Maipon una estension considerable de terreno accidentado o faldeos de loma, que iban a ser el teatro de numerosos combates. Mas allá del estero, a la distancia de tres a cuatro quilómetros al sur oeste de la ciudad, se levantan los pequeños cerros de Callanco, donde, como veremos en seguida, se estableció el cuartel jeneral de los patriotas.

Formaba la ciudad de Chillan un rectángulo bastante regular que

(22) *Diario militar* de don José Miguel Carrera.

media ocho cuadras de oriente a poniente i siete de norte a sur, divididas entre sí por calles angostas i bordeadas de edificios bajos i modestos. Ese pueblo contaba mas de doscientos años de existencia; pero durante las antiguas guerras con los indios fué incendiado i destruido en dos distintas ocasiones, i por último mudado de local. Aunque siempre habia llevado una vida lánguida, tenia una importancia relativa en los últimos años de la dominacion colonial. Chillan contaba entónces poco mas de cuatro mil habitantes, pero poseia siete iglesias o capillas, un hospital, un colejio de niños indijenas i tres conventos, de los cuales el mas grande i el que tenia un mayor número de religiosos, era el de los padres franciscanos, que ocupaba dos manzanas enteras en la parte oriental de la ciudad (23). En junio de 1813 el número de sus pobla-

(23) La primera ciudad de Chillan fué fundada en 1580 por el gobernador interino Mariin Ruiz de Gamboa en el sitio en que poco ántes se habia establecido un fuerte para contener a los indios comarcanos, esto es, en la orilla norte del rio Chillan, que le dió su nombre haciendo que se olvidara el de San Bartolomé de Gamboa, que le habia puesto su fundador. Inconciada por los indios en 1599, sus pobladores volvieron a establecerse en el mismo sitio pocos meses despues, i la ciudad, espuesta siempre a todas las contingencias de la guerra, subsistió allí mas de cincuenta años alcanzando cierto grado de desarrollo. El terrible levantamiento de los indijenas de 1655 acarreó su total destruccion, segun hemos contado en otra parte. Dieziocho años mas tarde, en 1663, cuando se hubo pacificado un poco la frontera, el gobernador don Anjel de Peredo mandó reconstruir la ciudad de Chillan; pero los capitanes don Pedro de Saldias i don José Basilio de Rojas i Fuentes, encargados de dirigir la repoblacion, fundaron la nueva ciudad un poco mas al norte, en la pequeña altura de que hemos hablado, i que se denominaba entónces "el alto de la horca", porque era allí donde eran ahorcados los condenados a muerte en tiempo de la ciudad antigua. Los repobladores de Chillan habian elegido este lugar buscando un suelo mas seco i libre de las crecidas i desbordamientos del rio que en diversas ocasiones habian inundado el antiguo pueblo. El sitio en que éste se levantaba se conoce todavia con el nombre de "el Bajo", i deja ver por las separaciones de sus solares la forma que tenían sus calles.

Como hemos dicho en otras ocasiones, faltan los datos estadísticos seguros para dar con cifras precisas la poblacion de las ciudades en los últimos dias de la colonia. Segun un estado o censo parroquial formado en 1812 por las autoridades eclesiásticas del obispado de Concepcion, la sola parroquia de Chillan tenia ese año 14,576 habitantes; pero esta cifra comprende la poblacion urbana i la de un estenso distrito rural. Por otra parte, los estados de poblacion que formaban las autoridades eclesiásticas no son documentos en que pueda tenerse mucha fe, segun lo hemos observado ántes. Baste decir que el de 1791 (véase el tomo VII, pág. 422) daba al obispado de Concepcion 105,114 habitantes; i segun el de 1812 se habria mas que doblado la poblacion de ese obispado, pues sin contar los indios infieles i los pobladores de Chiloe (que tampoco estan incluidos en la cifra que tomamos del censo de 1791), se la

dores se había mas que doblado, no solo por la permanencia del ejército realista, sino por la entrada de numerosos vecinos que habían acudido de los campos vecinos huyendo de las estorsiones que cometían las guerrillas, i de los malhechores que se aprovechaban del estado de guerra para perpetrar robos i salteos.

Hasta entónces, la tranquila ciudad de Chillan no poseía obra alguna de defensa. Los realistas abrieron fosos en algunas de las calles, formaron trincheras de tierra i maderos en las que dan entrada a la plaza, i construyeron aceleradamente dos fortines en los extremos oriental i occidental de la ciudad. El último de éstos, dominando las lomas que se estienden hasta las orillas del estero Maipon, i situado por tanto en el lugar por donde, segun todas las probabilidades, debía ser atacada la ciudad, fué particularmente cuidado. El comandante de artillería don José Berganza se empeñó en formar allí una especie de reducto de tres lados, que llegó a hacerse formidable por los sólidos i espesos murallones de barro i fajina, esmeradamente pisoneados, i por sus ocho cañones que impedían que el enemigo se aproximase a la ciudad por ese lado. Ese fuerte recibió el nombre de San Bartolomé, en honor del santo patrono de Chillan, pero los soldados chilenos lo llamaban «el Brujo,» porque no era perceptible mas que a cierta distancia. Los cañones restantes de que podían disponer los realistas, hasta el número de treinta, fueron colocados en las trincheras.

Después del primer reconocimiento, i en vista de dos croquis del terreno que habían levantado el coronel Mackenna i el cónsul Poinsett, el jeneral Carrera elijió las faldas del cerro de Callanco para campamento del estado mayor, i allí mismo se situó todo el ejército esperando el arribo de la artillería gruesa para dar principio a las operaciones. El gobierno había hecho fabricar en el obraje del hospicio de Santiago una cantidad considerable de tiendas de campaña i de ponchos embreados para el abrigo de los soldados; pero esos artículos eran ineficaces ante los rigores de un crudo invierno, en una rejion en que las lluvias invernales son frecuentes i torrenciales, i a veces prolongadas durante varios dias. Las tiendas hechas de lona, dejaban pasar el agua, a la vez que era necesario plantarlas en un terreno pantanoso o a lo

hace subir a 210,649 habitantes. En 1791 se daba al curato de Chillan solo una población de 8,519 almas.

La ciudad de Chillan, destruida por el terremoto de febrero de 1835, fué reconstruida en su mayor parte, i subsiste todavía con el nombre de Chillan viejo, a pesar de la nueva ciudad fundada en 1837, tres kilómetros mas al norte.

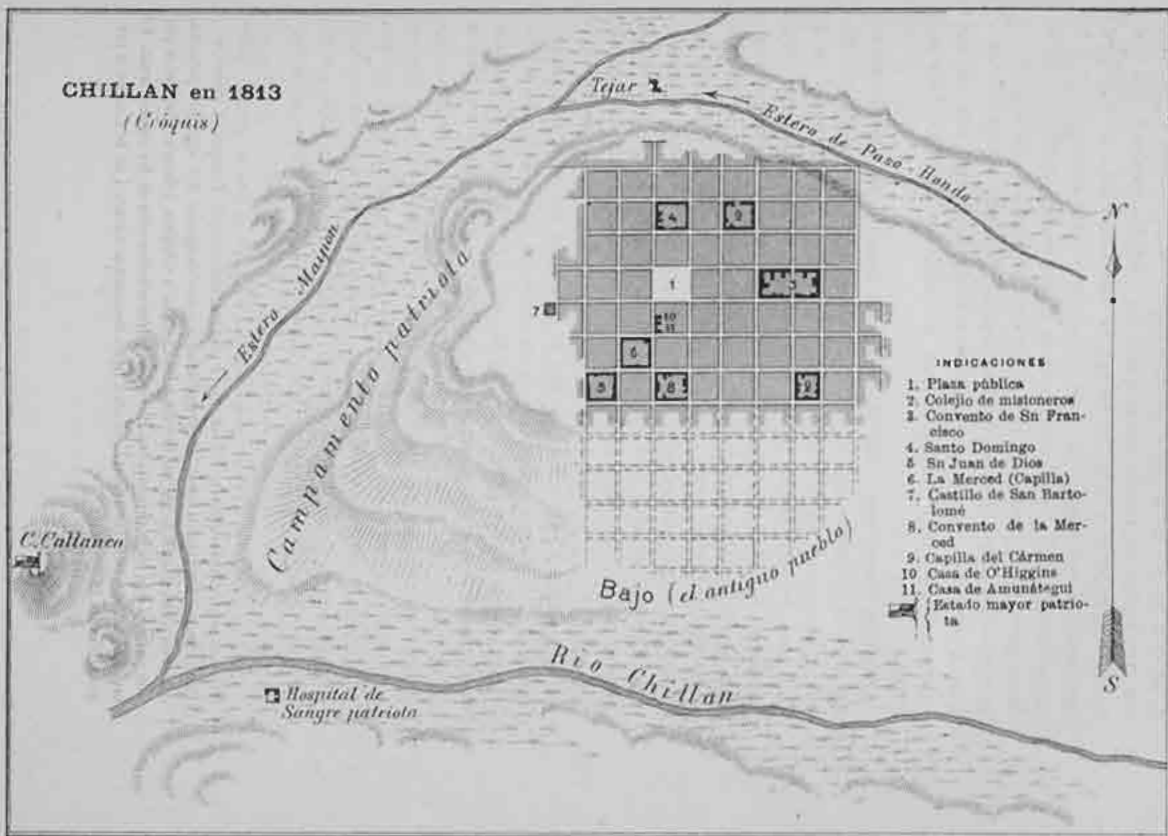
ménos impregnado de humedad. En medio de esas lluvias repetidas que molestaban extraordinariamente, i que mantenian encharcado todo el terreno en que tenía que situarse la tropa, i de tormentas de vientos que derribaban las tiendas de campaña, los soldados patriotas, con una constancia superior a todas las fatigas, se mantenian dia i noche sobre las armas, i se tomaron las mas premiosas precauciones militares. A corta distancia del cuartel jeneral, en la orilla sur del rio de Chillan, se habia formado un pequeño hospital de campaña bajo la direccion del facultativo español don Manuel Grajales, destinado por el virrei del Perú a servir de cirujano en el ejército realista, i reducido por los accidentes de la guerra a prestar sus humanitarios servicios a los patriotas.

Aquellas operaciones, emprendidas en la estacion mas desfavorable del año, se iniciaban bajo malos auspicios. El ejército chileno, insuficiente para poner un sitio en regla a la ciudad de Chillan, habia ido a colocarse enfrente de ella en un campo descubierto i empantanado, espuesto a toda la inclemencia del tiempo, miéntras el enemigo defendido detras de parapetos, teniendo por campamento i por cuarteles las casas de la ciudad, tenia ademas libres tres costados de ésta para sacar sus partidas esploradoras i las guerrillas que le buscaban provisiones. Durante aquellos días, que los realistas aprovechaban para terminar sus obras de defensa, reinó en el campamento patriota una grande inquietud. El 15 de julio llegaron los cañones de a dieziocho que llevaba de Talca el mayor Oller; pero se sabia que los otros que habian salido de Talcahuano, frecuentemente atollados en los fangales del camino, apénas podian hacer jornadas de una o dos leguas. Las partidas realistas entretanto inquietaban constantemente el campamento patriota, interceptándole sus comunicaciones. Una de ellas, mandada por dos campesinos chilenos apellidados Espinosa, sorprendió en una ocasion a algunos dragones que recojian caballos para el ejército, i los llevaba prisioneros a Chillan cuando fueron rescatados a viva fuerza por otra partida chilena (24). El guerrillero Molina, que estaba obligado a escaramusear a cada instante contra las partidas realistas, solia comprome-

(24) "Se observaba, dice don José Miguel Carrera en su *Diario militar*, que la frontera se disponia en favor del enemigo, particularmente por Tucapel, Yumbel, etc. Espinosa, su hermano i otros sorprendieron a unos dragones del ejército patriota, que buscaban caballos. Se los llevaban amarrados a Chillan, i fueron libertados por una partida que trajo presos a los Espinosas. Inmediatamente se les siguió causa. El uno fué pasado por las armas, i el otro llevó doscientos azotes i se le destinó a prision durante la guerra."

CHILLAN en 1813

(Cinquis)



terse tanto en esos encuentros, que era necesario enviar otras tropas en su socorro. Aun se temió que un destacamento mas considerable que salió de Chillan en esos días, llevara el propósito de sorprender la artillería que venia en camino; i fué preciso despachar del campamento patriota un cuerpo de tropas a cargo de don Luis Carrera para defenderla. Al fin, el 25 de julio llegaban a Callanco los dos cañones que se esperaban, i se pudo disponer todo para romper las hostilidades.

9. Combates del 3 de agosto.

9. El día siguiente se puso en movimiento el ejército patriota. Manteniéndose siempre al lado izquierdo del estero Maipon, las guerrillas volantes comenzaron por ocupar los puntos mas elevados de las pequeñas colinas que allí se levantan, i luego se tendió la línea dando su frente al costado occidental de la ciudad i a la distancia de cerca de un tiro de cañon de ésta. Los dos extremos de esa línea se apoyaban en grandes charcos o pajonales formados por las lluvias, que servian de defensas a sus flancos. Bajo la direccion del cuartel-maestre Mackenna, se construyó allí en la misma noche una batería de salchichones, o haces de ramas sólidamente atados, i de sacos de cuero i de lona rellenos de tierra. Detras de ella debian colocarse los cuatro cañones de mayor calibre del ejército, dos de a 24 i otros dos de a 18; pero una fuerte lluvia que comenzó a caer a las tres de la mañana demoró considerablemente esta operacion.

Sin embargo, al amanecer del 27 de julio, la línea patriota, en que flameaba el estandarte tricolor, ofrecia un espectáculo imponente por su estension, i por la entereza de los soldados que se mantenian firmes i animosos sobre un terreno empantanado i a pesar del rigor de la estacion. El jeneral Carrera llegó a creer que la vista de su ejército inclinaria a los defensores de Chillan a deponer las armas. Sanchez se habia negado poco ántes a tener una entrevista con el jefe patriota en que habrian tratado de las bases de paz; pero parecia probable que el cabildo i el vecindario, deseando evitar la destruccion de la ciudad i todas sus dolorosas consecuencias, se mostrarian mas transijentes. En la misma mañana del 27 de julio fué enviado a la plaza el teniente coronel don Francisco Calderon. Llevaba una comunicacion para Sanchez i otra para el cabildo, dirigidas ámbas a pedir la inmediata rendicion del ejército que se abrigaba en Chillan como único medio de evitar la ruina i desolacion de esa ciudad, i todos los estragos i rigores consiguientes al estado de guerra. Tanto el cabildo como el jefe realista contestaron esas comunicaciones en tono arrogante i altanero; pero el conductor de esta respuesta, que era un capitan apellidado Adriasola, del batallon veterano de Valdivia, manifestó verbalmente que no era difícil

llegar a un convenio de paz, siempre que los patriotas, retirándose al al norte del Maule, dejasen a sus contendores en tranquilo dominio de la provincia de Concepcion. El jeneral Carrera i los oficiales superiores de su ejército, creyeron que ni siquiera era posible oír tales proposiciones (25).

Los dos ejércitos permanecieron todavía casi dos dias enteros uno enfrente de otro, sin dispararse un solo tiro, haciendo siempre sus últimos aprestos, i esperando sin duda que se renovarían las proposiciones modificadas de una manera que pudiesen ser aceptables. Por fin, el 29 de julio a las tres de la tarde, rompió sus fuegos la batería patriota, i sus primeras balas fueron a caer en la plaza, destrozando una de ellas el rollo que allí se levantaba, e hiriendo otra a un carretero empleado en los trabajos de defensa. El reducto de San Bartolomé contestó esos fuegos, haciendo retroceder a una columna patriota que se habia colocado adelante de su línea. El cañoneo que se sostuvo esa tarde hasta el anochecer, se renovó los tres dias siguientes sin daños notables para ninguno de los dos combatientes. «Como los edificios de Chillan son de adobe, dice uno de los defensores de la plaza, el fuego

(25) Nunca hemos podido ver las comunicaciones que en estas circunstancias mediaron entre el jeneral chileno por una parte i el jefe realista i el cabildo de Chillan por la otra; i solo conocemos su tenor por simples referencias. El padre Martínez, que conoció los cuatro oficios de que constan, hace alusion a ellos en la página 186 de su *Memoria histórica*; pero se limita a copiar allí las primeras palabras de cada uno de ellos, pero no los reproduce íntegros entre sus documentos. Creemos, sin embargo, que esos oficios fueron publicados en la *Gaceta de Lima*, como muchas otras piezas de ese jénero que hemos utilizado i que seguiremos utilizando; pero las colecciones de ese periódico que hemos logrado consultar, son mas o ménos incompletas por la falta de algunos o de muchos de sus números.

Don José Miguel Carrera refiere estos hechos en su *Diario militar* en la forma que sigue: «Por medio del teniente coronel don Francisco Calderon intimé la rendición, dirijiéndome al cabildo (de Chillan) para que cooperase a entablar las comunicaciones. Como Sanchez no habla contestado la última intimación que hice a Pareja, que él recibió por estar este último espirando, no quise intimarle a él sino al cabildo, anunciándole que destruiría la ciudad si se mantenía en ella por mas tiempo el ejército real, el cual no tenia otro arbitrio que rendirse. A Sanchez le decia únicamente que fuese humano... Volvió Calderon sin respuesta, que ofreció Sanchez mandar despues... Contestaron Sanchez i el cabildo. No accedieron a mi intimación; pero el parlamentario me provocó a composición de un modo disimulado. Estaba yo demasiado satisfecho del poder de mi ejército, i dije que no admitía otra proposición que rendirse a discreción. Trajo el mismo parlamentario don Antonio Adriasola un oficio para el cónsul Poinsett en que Sanchez lo reconvenia por la parte que tomaba en nuestro favor. Nada se le contestó, i Adriasola se volvió a la plaza.»

de los cañones de Carrera no hacía otro daño que abrir en los edificios un agujero del tamaño del calibre de la bala; así fué que servía mas de diversion que de temor el cañoneo de la baterías patriotas (26).» El coronel O'Higgins i el capitán don José María Benavente, a la cabeza de destacamentos de tropas escojidas, atacaron una noche la ciudad por los arrabales del norte i del sur poniendo fuego a los ranchos, i sosteniendo hasta el amanecer escaramusas i tiroteos que inquietaban a los realistas sin obligarlos a abandonar sus posiciones.

Pero aquellas operaciones fatigaban mucho mas a los patriotas que combatian a pecho descubierto, sobre un terreno fangoso, i que pasaban la noche a cielo raso, sin tener una pulgada de suelo seco en que dar descanso a sus fatigados cuerpos. La desercion de los milicianos de caballería comenzaba a tomar proporciones alarmantes, los caballos estaban cansados i faltos de forrajes, los víveres i las municiones habian experimentado una notable disminucion, todo, en fin, contribuía a aumentar las fatigas de la tropa, i amenazaba producir el desaliento en un tiempo mas o ménos corto. Aquella situacion podia hacerse en breve insostenible; i los mismos jefes que, como O'Higgins i Mackenna habian combatido el pensamiento de poner sitio a Chillan en aquella estacion, eran ahora los mas empeñados en que se precipitasen las operaciones para salvar al ejército de una catástrofe producida no por el fuego del enemigo, sino por su propio cansancio i por su disolucion. El jeneral Carrera, adhiriendo a este parecer, mandó acercar sus baterías a la plaza i acortar las distancias para hacer mas eficaces las hostilidades.

En efecto, en la noche del 2 al 3 de agosto, se puso en movimiento casi todo el ejército; i pasando el estero Maipon, fué a colocarse en las lomas mas inmediatas a la ciudad. Mackenna, acompañado por los coroneles O'Higgins i Spano i por el sarjento mayor Oller, i mediante un trabajo de toda la noche, hizo construir sobre una altura situada a tres o cuatro cuadras de la plaza, una batería avanzada, defendida por un ancho foso i por parapetos de tierra, i colocó allí seis cañones. Un camino encubierto cuanto era posible, la ponía en comunicacion con la línea del ejército. O'Higgins tomó el mando de esa batería, teniendo a su lado a Oller como jefe de la artillería i a Spano como jefe de los quinientos infantes que se colocaron allí para su defensa. A las siete de la mañana, cuando las primeras luces del alba comenzaban a alumbrar el campo, ese trabajo estaba terminado.

(26) Apuntes citados del jeneral Quintanilla.

Aquella noche habia sido de constante alarma en la ciudad. Aunque la oscuridad no permitia descubrir el verdadero objeto del movimiento de los patriotas, la aproximacion de éstos no podia pasar desapercibida. El reducto de San Bartolomé no habia cesado de mantener sus fuegos de cañon sobre el campo contrario, pero mal dirigidos por causa de la misma oscuridad, no habian embarazado aquella operacion. Al venir el día, descubrió Sanchez la nueva posicion que habia tomado el enemigo; i conociendo la importancia que tenia, determinó atacarla inmediatamente. Para ello hizo salir de la plaza una columna de infantería compuesta de las guerrillas de avanzada que dirijia el comandante Elorreaga i de la mayor parte del batallon de Valdivia a cargo de su segundo jefe don Juan Nepomuceno Carvallo. Para enganar a los patriotas, esos oficiales habian dispuesto que sus soldados avanzasen de carrera, i con los fusiles a la espalda como si saliesen huyendo de la ciudad para entregarse al enemigo. Al hacer alto para comenzar el ataque, fueron recibidos por las nutridas descargas de fusil i de cañon de la bateria patriota. El combate empeñado de esta manera se sostuvo allí con ardor por mas de una hora sin que ninguno de los dos cuerpos combatientes se sintiera flaquear. Los realistas, reforzados por un nuevo destacamento que salió de la plaza, redoblaban incesantemente el ataque; pero los patriotas, que habian sufrido dolorosas pérdidas, i entre ellas las del mayor Oller, la del valiente capitan de artilleria don Joaquin Gamero i la del capitan de milicias don Juan José Ureta, defendian vigorosamente su posicion, manteniendo un fuego incesante con el ardor propio no de soldados bisoños sino de veteranos habituados a la guerra. O'Higgins i Spano los entusiasmaban con su ejemplo i con sus palabras.

El resto del ejército presenciaba aquel combate desde su línea, persuadido de que no tardaria en empeñarse una accion jeneral. Los coroneles Mackenna i Carrera (don Luis), tomando cada uno un destacamento de cerca de cuatrocientos hombres, avanzaron en buen orden, el primero por la derecha i el segundo por la izquierda para rodear al enemigo por sus dos flancos i cortarle la retirada a Chillan. Los realistas, viendo frustrado su plan, i temiendo verse envueltos por las tropas que se acercaban por sus dos costados, se replegaron apresuradamente a la plaza apoyados por los fuegos de los cañones de su reducto, i por el batallon veterano de Chiloé que estaba parapetado en las casas mas occidentales de la ciudad. El valiente O'Higgins, creyendo que aquel era el momento de dar un ataque decisivo, se puso a la cabeza de los infantes de su batería, i saltando los fosos marchó en persecucion del

enemigo. Penetrando en seguida en las calles del pueblo, llegó hasta la trinchera que defendía la entrada de la plaza principal por la calle de Santo Domingo. Sus soldados, con no menor audacia, ponían fuego a los edificios inmediatos i avanzaban atrevidamente por los tejados, resueltos a hacerse dueños de la ciudad. Atacado allí por todos lados, O'Higgins sostuvo sin embargo el combate, esperando que le llegaran refuerzos con que creía afianzar una victoria decisiva. En lugar de esos refuerzos, recibió la orden de retirarse comunicada por el teniente coronel don Manuel Serrano, uno de los ayudantes del jeneral en jefe. Aquel puñado de valientes, mantuvo todavía el combate; pero viéndose privados de socorros, i rodeados por todas partes de enemigos, les fué forzoso abandonar el terreno que habian conquistado i replegarse a su batería perseguidos por el fuego que les dirijian los enemigos desde sus parapetos. Entónces se creyó que aquel día se habia perdido la oportunidad de apoderarse de la plaza (27).

Después de este combate que duraba desde el amanecer hasta medio día, las tropas chilenas, que casi no habian dormido en la noche anterior, creyeron tener algunas horas de descanso y que la pelea no se renovaría hasta el día siguiente. A las cuatro de la tarde, sin embargo, vieron aparecer por enfrente de su flanco izquierdo una espesa columna enemiga que salia del pueblo por el lado del norte, rodeando un antiguo molino, abandonado i destruido, que habia cerca de la reunion de los dos esteros (el Paso Hondo i el Maipon) de que hemos hablado ántes. Ese sitio conocido con el nombre de Tejar, no distaba mucho de la primera batería que habian construido los patriotas, es

(27) Los patriotas acusaron al jeneral Carrera de ser el causante de que se hubiera perdido aquella ocasion de tomar a Chillan. Contaban al efecto, que colocado aquél al pié del cerro de Callanco, i por lo tanto, muy lejos del teatro del combate, llegó a creer que éste era un desastre para las armas de la patria, i que persuadido de que habia sido una grande imprudencia la constraccion de la batería avanzada, dió orden de retirar o de clavar sus cañones al mismo tiempo que mandaba que O'Higgins se retirase de la plaza con los soldados que lo acompañaban en el asalto. El mismo don José Miguel Carrera al contar dos años mas tarde estos combates en su *Diario militar*, ha querido descargarse de esta acusacion. Dice así: "Los que defendian la batería (O'Higgins i Spano) siguieron en alcance del enemigo hasta ponerse sobre los fosos de la bocacalle de la plaza de Chillan. El coronel Carrera (don Luis) se posesionó de la batería i mandó en orden algun auxilio a los que por ignorancia perseguian desordenadamente al enemigo. Habia sido éste el momento favorable para tomar la plaza; pero ¿cómo hacerlo en medio de la confusion i de la inobediencia? Hice tocar llamada i mandé incendiar todos los ranchos que estorbaban nuestros fuegos en el frente de la batería, entre ésta i las primeras casas del pueblo."

decir, la que estaba mas apartada de la plaza, i contra ella parecia dirigirse el enemigo, ya que en la mañana habia fracasado en la empresa de asaltar la otra. Mandaba esta columna el coronel don Lucas Molina, primer jefe del batallon de Valdivia, i militar de gran crédito en el campo realista. Habiendo avanzado algunas guerrillas, los milicianos de la reserva patriota que guarnecian aquella batería, se desordenaron i comenzaron a retirarse. Algunas fuerzas de caballería que salian a atacar al enemigo, fueron tambien desorganizadas, sin poder huir por entre los pajonales i pantanos que hallaban a su espalda. El teniente Barrueta que estaba a cargo de los cañones de la batería, se mantuvo firme en su puesto defendiendo valientemente su posicion. La pérdida de ésta, sin embargo, habria sido inevitable a no llegar un oportuno auxilio. El coronel O'Higgins, que se hallaba en la batería avanzada, sacó apresuradamente de ella un destacamento de fusileros, i a su cabeza acudió al punto amenazado para contener el avance de los realistas. Allí se empeñó el combate entre las tropas de infantería al mismo tiempo que los cañones de uno i otro bando mantenian un fuego incesante aunque poco mortífero.

En esos momentos, un accidente inesperado i aterrador vino a llamar la atención de los combatientes hácia otro punto. Sintióse un estruendo prolongado, i se vió levantarse en la batería avanzada una columna de fuego i humo que se distinguia desde todos los puntos del campo. Una bala de cañon disparada del reducto de San Bartolomé habia caido sobre una de las piezas de a 24 de la batería avanzada de los patriotas, comunicó el fuego a su depósito de pólvora, i éste al de los otros cañones i hasta a las cartucheras de los soldados, causando entre éstos los mas horribles estragos. Entre los muertos se contaba el alférez Zorrilla i el cadete Fernandez; pero estaban además heridos por las quemaduras el coronel Spano, el capitan Rencoret, el subteniente Currel i muchos soldados a quienes era imposible reconocer por tener el rostro ennegrecido por la pólvora. Los ayes de los moribundos, los movimientos desatentados de los heridos i los gritos de desesperacion de los que quedaban sanos i que se creian víctimas de una traicion, aumentaban el terror i el desórden en aquellos momentos de suprema angustia.

Pasado el primer momento de confusion, i cuando las tropas realistas del coronel Molina se dirijian a paso de carga sobre la batería para aprovecharse de aquella desgracia, los oficiales chilenos que allí quedaban ilesos, el capitan Morla, i los tenientes Millan, Laforest, Cabrera i Vasquez, acudieron con toda actividad a la defensa de esa posicion.

Don Antonio Millan sobre todo, cargando con metralla hasta la boca el otro cañon de a 24, lo disparó en instante tan oportuno que desorganizó la columna enemiga mas avanzada. O'Higgins que volvia en esos momentos a defender la bateria avanzada con los mismos infantes que habia sacado anteriormente para socorrer el otro puesto, llegó a tiempo para afianzar la resistencia, i para obligar al enemigo a replegarse a la ciudad. El teniente don Francisco Barros, seguido por un puñado de granaderos, persiguió a los realistas hasta las calles del pueblo. Los soldados, enardecidos por la pelea i tambien embriagados por el aguardiente que se les habia repartido, pedian a gritos que se les llevase al asalto de la plaza; pero la entrada de la noche, que venia a aumentar la confusion, hacia imposible ese ataque i acabó por poner término al combate.

10. Situacion
relativa de
los dos ejér-
citos.

10. Entónces se pudo conocer la importancia de aquella catástrofe. El ejército patriota habia perdido en los combates de ese dia cerca de doscientos hombres, i tenia un número mas o ménos igual de heridos. Sus municiones i sus recursos militares habian sufrido una gran disminucion, aparte de la pérdida de uno de sus mas poderosos cañones que quedó inutilizado. El rigor del invierno, las lluvias i los frios, contra los cuales eran ineficaces las carpas de campaña, la humedad del suelo i la escasez de pastos i forrajes para los caballos, hacian casi imposible la prolongacion de aquella situacion. Despues de tantos dias de fatigas i sufrimientos, el ejército patriota no habia obtenido ninguna ventaja positiva, i aun su situacion habia empeorado i amenazaba hacerse mas crítica todavia. Sus soldados, faltos sin duda de la disciplina conveniente, comenzaban a habituarse a la guerra, soportaban pacientes todas las incomodidades i privaciones, i se batian como bravos; pero el cansancio como resultado natural del convencimiento de la inutilidad de sus esfuerzos, i las enfermedades consiguientes a las condiciones en que hacian la guerra, debian producir cierto desaliento i aumentar las desertiones.

La situacion de los realistas era mucho mas ventajosa. Acampados dentro de la ciudad, tenian en las casas de ésta abrigo para la tropa, salas para hospitales, i todas las demas comodidades de que carecian sus enemigos. La poblacion que habia quedado en Chillan era compuesta casi en su totalidad de familias desafectas a la revolucion, o de jentes ignorantes i groseras a quienes se les habia hecho entender que los patriotas eran malvados que solo meditaban el saqueo i el estermio, verdaderos abortos del infierno conjurados contra Dios i contra el rei. Los padres franciscanos del colejio de misioneros, empeñosos para

obsequiar a los soldados, para repartirles víveres i vino despues de cada combate, i aun despues de cada guardia, propagaban artificiosamente esas ideas, predicando todos los dias en su iglesia el odio a los insurgentes. Desde que comenzaba el cañoneo «cantaban las letanías de la Virgen i la *tota pulcra*, pedian al Señor por la intercesion de su santísima madre, que favoreciera su causa, i mantenian iluminados con cera los altares hasta que aplacaba el estruendo.» A toda hora pedian con el pueblo «al Señor que defendiera la ciudad fiel i diera la victoria a los que se sacrificaban con tanto amor i celo por la gloria de su santo nombre i en defensa de los sagrados derechos del monarca (28).» Su decision por servir a la causa del rei, los llevaba hasta finjir fantasmas que hablaban contra la patria, o a recurrir a otras invenciones tan chocantes como éstas, pero que impresionaban vivamente a los rudos soldados que sostenian la guerra contra la libertad i la independenciam de su patria (29).

Si los patriotas hubieran contado con fuerzas suficientes para poner un sitio en forma a Chillan, habrian logrado privar al enemigo de algunas de las ventajas de su posicion, detener los convoyes que casi cada dia entraban en la plaza i reducirla a una escasez de víveres mas o mé-

(28) Frai Juan Ramon, *Relacion de la conducta observada por los padres misioneros de Chillan*.

(29) La junta gubernativa, que como veremos mas adelante, pasó a Talca por asuntos del servicio, escribia sobre este particular lo que sigue al gobernador intendente de Santiago, en un oficio de 12 de enero de 1814: «La principal arma con que los realistas nos han combatido, ha sido la opinion que los misioneros han formado en los habitantes de las provincias que ocupan. Se ha predicado en Chillan que to-lo el que sigue el partido de la patria peca mortalmente, i si muere en este estado se condena. A muchos prisioneros nuestros no se les ha querido absolver hasta tanto que no hayan abjurado públicamente el amor a su patria, protestando seguir i defender la tiranía. Se hacian aparecer luces en el campo donde estuvo el ejército sitiador, i disfrazándose los frailes con figuras horrosas, empezaban a prorrumpir en un tono lastimero en las siguientes espresiones: «Maldita sea la patria, maldita sea la hora en que yo seguí las banderas de la patria, malditas las ocasiones en que yo peleé contra el ejército del rei, que por esto me veo sepultado en los infiernos mientras Dios fuere Dios.» En otras ocasiones, cuando iban a salir a guerrillas principalmente, entra en el templo el jeneral seguido de toda la tropa que debe marchar, i llegando al altar de la Virgen Maria, se postra i dice en alta voz: «Señora nuestra, si la causa que defendo es justa, dirije tú la accion, i en prueba de ello recibe este baston que te ofrezco.» La virjen estiende el brazo, pues hai uno de los frailes que por medio de ciertos resortes dirije sus movimientos. Estos expedientes producian grande efecto en las provincias que ocupaban, pues sus habitantes con muy pocas excepciones eran hombres crédulos, i sobre todo los chilotes.»

ros cercanos. Pero mientras el ejército de Carrera permanecía acampado al poniente de la ciudad, los otros costados de ésta quedaban perfectamente libres, i daban paso a las partidas que salían en busca de provisiones o a ejecutar actos de hostilidad, sin que nadie les pusiera obstáculo. Carrera, queriendo privar al enemigo de esta ventaja, dispuso que algunos destacamentos de caballería recorrieran los campos inmediatos para cortar en lo posible aquellas comunicaciones. Uno de esos destacamentos mandado por el capitán don José María Benavente, sorprendió en la mañana del 3 de agosto un convoi de provisiones que conducía de la montaña el guerrillero realista don Juan Antonio Olate, dispersó a sus guardianes i tomó prisioneros a algunos de ellos. En la tarde de ese mismo día, i mientras se sostenía el combate al poniente de la ciudad, el teniente de dragones don Venancio Escanilla, a la cabeza de otro destacamento, se hallaba en el costado del oriente, i queriendo aumentar la alarma del enemigo, penetró por las calles i recorrió una gran porción de ellas sin encontrar resistencia. Todo esto demostraba que la toma i ocupacion de Chillan no habria sido una empresa difícil si las operaciones hubiesen sido dirigidas con mas acierto.

A pesar de esas precauciones del jeneral patriota, los guerrilleros realistas seguían ejecutando sus correrías con bastante actividad. Perfectamente servidos por los espías que mantenían en los pueblos i en los campos ocupados por fuerzas patriotas, preparaban con destreza audaces golpes de mano que robustecían su poder. Informado Sanchez que habia salido de Concepcion un convoi de municiones para socorrer a Carrera, despachó al guerrillero don Mariano Cañizares para que lo sorprendiera. Esta empresa se ejecutó con toda felicidad. Colocado Cañizares en las orillas del Itata, el 4 de agosto cayó de improviso sobre los conductores del convoi, i tomándolos prisioneros, arrojó al rio las municiones que creyó ménos útiles o que no podía trasportar, i regresó a Chillan en la noche de ese mismo día sin ser inquietado por nadie (30). La captura de ese convoi, mui celebrada en Chillan, produjo gran cons-

(30) Según los documentos realistas, ese convoi era compuesto de cuarenta i ocho cargas de balas de cañon i de fusil, de varios cajones de piedras de chispa para los fusiles, de lanzafuegos para la artillería i de otros artículos de menor importancia, de los cuales solo una pequeña porción llegó a Chillan. Es probable que Cañizares al dar cuenta del número de los cargas que habia arrojado al rio, exajerara su número para dar mas importancia a la empresa que acababa de ejecutar. El jeneral Carrera, que recuerda en su *Diario militar* la pérdida de ese convoi, no indica en qué consistía. Allí dice equivocadamente que su captor se llamaba Estéban Carrasco.

ternacion en el campamento patriota. Carrera, que recibió la misma noche la noticia de esa pérdida, creyó que ya no le sería posible mantenerse mucho tiempo mas enfrente de aquella plaza.

11. Combate del 5 de agosto. 11. Todo ese día (4 de agosto) se habia pasado sin ataque alguno en los alrededores de Chillan. Solo las baterías habian sostenido un cañoneo flojo que no producía otro resultado que mantener la alarma. Pero desde las primeras horas de la mañana siguiente, se anunció en el campamento patriota que el enemigo preparaba una salida vigorosa. Notábase en efecto cierto movimiento de tropas en las cercanías de la plaza, i a las once se vió avanzar una columna de infantería sobre la batería avanzada de los patriotas. Esa columna, compuesta de doscientos hombres del batallon de Valdivia, mandados por el coronel don Lucas Molina, rompió el fuego de fusil, i avanzando siempre sobre la batería, parecia querer asaltarla a la bayoneta. El coronel don Luis Carrera, que estaba a cargo de los cañones de este punto, mandó romper el fuego de metralla. Esta orden, ejecutada con serenidad i acierto, produjo un brillante resultado. La columna realista, aunque reforzada por nuevas tropas, no consiguió llegar hasta la batería que era defendida con gran denuedo. Antes de mucho rato, habia caído a tierra el coronel Molina con la cabeza barenada por un casco de metralla que «le quitó la vida i el mejor soldado al ejército del rei», dice una relacion realista (31). La batería patriota habia sufrido dolorosas pérdidas, i entre ellas la del bizarro teniente Laforest; pero sostuvo el combate con toda resolucion, hasta que los realistas, alarmados por otro peligro, se replegaron apresuradamente a la plaza.

Numerosas partidas patriotas se habian desprendido del grueso del ejército, i cargaban desordenadas sobre la ciudad por los lados de norte i del sur, penetrando en las calles en persecucion de los que

(31) Martínez, *Memoria histórica*, páj. 188. La *Memoria* de don Diego José Benavente, casi siempre exacta en los detalles, dice por una equivocacion que el coronel realista Molina murió en el combate de 3 de diciembre, contra lo que aparece en los documentos de la época, i particularmente en los partes que dieron a sus gobiernos respectivos los jenerales de uno i de otro bando. Las relaciones históricas del coronel Ballesteros i del padre Martínez, i hasta el *Diario Militar* de Carrera, dicen expresamente que Molina fué muerto en el combate del 5 de agosto.

Siguiendo el *Diario* de Carrera dice tambien Benavente que el combate comenzó a las dos de la tarde. El parte oficial del mismo Carrera, escrito el día siguiente del combate, el informe de Mackenna i las otras relaciones, dan a este respecto las mismas noticias que consignamos en el testo.

huian. «No atacaban o perseguian en órden, dice el jeneral Carrera: cada oficial, cada soldado hacia su antojo. Unos entraban a pelear i muchos soldados a robar. No obedecian las órdenes de mis ayudantes; la llamada era inútil; i como entraron por diferentes puntos, i no se reconocian, se hacian fuego unos a otros. Gritaban a tomar la plaza i no advertian que era imposible en aquel desórden (32).» Sin embargo, aquel ataque, precipitado no por la voz de los jefes sino por un movimiento de audacia i de desesperacion, i ejecutado sin órden ni concierto, produjo el terror en la ciudad, i habria podido dar un feliz resultado si hubiera sido dirijido con regular acuerdo i sériamente combinado entre todo el ejército. «A las doce del dia, dice un documento de origen realista, se dió principio a la escena mas horrorosa, bárbara i cruel que se ha visto en el reino de Chile. Iba delante una bandera negra, precursora de la muerte; la seguia un tambor que tocando a degüello, anunciaba su proximidad; seguíase una turba de incendiarios que con fuegos artificiales hacian arder los ranchos i casas que se presentaban al paso; por último seguian las tropas insurjentes, que dejándose caer a manera de rayo sobre la ciudad por la parte del norte a fuego granado de fusil i metralla de cañon, parecia que querian reducirlo todo a cenizas... El resultado de un atentado tan inhumano i bárbaro fué dejar las cárceles llenas de prisioneros, la circunferencia i calles de la ciudad sembradas de cadáveres, i el resto en vergonzosa fuga. Otra pluma mas elocuente esplicará el valor i constancia de las tropas del rei i la enerjía activa de los jefes, especialmente de su infatigable, valiente i celosísimo jeneral don Juan Francisco Sanchez. Yo solo diré que el entusiasmo de los vecinos de la incomparable Chillan en defenderse i ofender al enemigo, fué mui estraño i como obra del Omnipotente, porque todos sin excepcion, grandes i pequeños, mozos i ancianos, hombres i mujeres, a porfía, con lazos, cuchillos, machetes, azadores, hachas, palos i lanzas, todos hicieron su deber en herir, matar, degollar i poner en fuga al enemigo insurjente (33).» Por recargado que esté el colorido de este cuadro, i por mucho que se exajeran las pérdidas de los patriotas, él da una idea del desórden de ese infructuoso asalto. Ni los documentos ni las relaciones dan una noticia cabal de los muertos i heridos en el combate dentro de las calles de Chillan. Sabemos si que una partida patriota que capitaneaba el comandante don Fernan-

(32) *Diario Militar* de don José Miguel Carrera.

(33) Frói Juan Ramon, *Relacion de la conducta de los misioneros de Chillan*.

do Vega, habiéndose empeñado en perseguir a algunos hombres que huían hácia la montaña por el oriente de Chillan, fué cortada cuando quiso retirarse, i tuvo que dejar veintisiete prisioneros, i entre éstos el jefe que la mandaba.

12. El ejército patriota levanta su campamento i se retira de Chillan bastante amiguiado.

12. Carrera estaba persuadido de que su situacion enfrente de Chillan habia llegado a hacerse insostenible por el próximo agotamiento de sus municiones i de sus víveres, por las pérdidas de jente que habia sufrido entre muertos, heridos, enfermos i desertores, i por la disminucion de sus caballadas. Pero creia tambien que los realistas no se hallaban en condiciones mas ventajosas. Los suponía aterrorizados por los combates, escasos de recursos i dispuestos a capitular. Así, en vez de renovar al dia siguiente (6 de agosto) sus ataques a la plaza, prefirió enviar un nuevo parlamentario a exigirles la rendicion.

Confió este encargo a uno de sus ayudantes, el teniente coronel don Raimundo Sessé, oficial español que servia en el ejército de la patria por compromisos de familia i con poca fe. Llevaba éste un pliego dirigido a Sanchez, en que despues de reordarle los combates de los dias anteriores, en que Carrera se atribuía la victoria, se empeñaba éste en demostrarle que el ejército realista no podía hacer otra cosa que rendirse para evitar su completa destruccion. Ofrecíale el olvido completo de lo pasado para los jefes i oficiales que quisieran quedarse en Chile; i para los que prefirieran abandonar este país, los medios de trasladarse al Perú. Sessé fué recibido cortesmente, pero con todo el aparato conveniente para darle una idea ventajosa de los medios de resistencia con que contaba la plaza. Se le mostraron el ejército i las baterías, se le habló de los depósitos de municiones i se le hizo entender que las tropas encerradas en Chillan estaban resueltas a todo por amor a su rei. En la contestacion que Sanchez le entregó para el jeneral Carrera, trataba de intempestivas las reflexiones que éste le hacia sobre la situacion de los dos ejércitos i sobre el resultado de los últimos combates, que el jefe realista consideraba otros tantos triunfos de sus armas. Sin embargo, en aquella conferencia se indicó que no seria imposible llegar a un convenio de paz bajo bases razonables; i Sessé, que conocia bien los apuros en que se hallaba el jeneral patriota, espuso que éste no tendria inconveniente para oír las proposiciones de arreglo que se le hiciesen.

En la misma tarde pasaba al campamento patriota el padre frai Juan Almirall, secretario del jefe realista. Este religioso, catalan de origen, realista ardoroso, pero intrigante e inquieto por carácter, estaba

dotado de mucha sagacidad i poseía una palabra fácil e insinuante. En la conferencia que tuvo con Carrera, espuso en los términos mas moderados i conciliadores, las proposiciones de paz que estaba encargado de hacer. Se reducian éstas a celebrar una tregua de seis meses, durante la cual los patriotas quedarían dominando en todo el reino de Chile desde Atacama hasta el río Maule, i los realistas en la provincia de Concepcion. Durante esa tregua se mantendrían las relaciones comerciales entre las dos provincias, i el gobierno de Chile podría tratar con el virrei del Perú las bases de una paz definitiva. El padre Almirall, empleando los recursos de su ingenio, se empeñó en probar que en ese arreglo provisional todas las ventajas estaban a favor de los patriotas, desde que la guerra, para la cual no estaban éstos preparados, había de arruinar infructuosamente el país. Carrera, cuya impetuosidad había sido amortiguada por las maneras afables i aparentemente conciliadoras del negociador realista, rechazó, sin embargo, esas proposiciones, sosteniendo que Chile estaba resuelto a gobernarse por sí mismo, que no reconocía en el virrei del Perú derecho alguno de tutela, i que tenía fuerzas para sostener la situación que había asumido. Insistió en sus anteriores proposiciones, suavizándolas en la forma i en la manera de darles cumplimiento, i despidió cortesmente al padre Almirall, espresándole que quedaba esperando una contestacion definitiva del jefe realista. A la media hora llegó esa respuesta, conducida por el teniente coronel don Juan Nepomuceno Carvallo. Sanchez se negaba resueltamente a aceptar las proposiciones de Carrera, i reconocía a éste por la frecuencia con que iniciaba negociaciones en que no se veía otro propósito que el de adelantar sus aprestos de guerra. Las comunicaciones volvieron a quedar suspendidas.

Pero los patriotas no habían de renovar sus ataques a la plaza. El jeneral en jefe, dando por razon de su dictámen la escasez de las municiones, la falta de caballería i el estado de su tropa, estaba resuelto a retirarse de Chillan. Algunos de los jefes, entre ellos el cuartel-maestre Mackenna, creían por el contrario que era preciso hacer cualquier sacrificio para tomar aquella plaza; que el enemigo, debilitado por los combates anteriores, no podía oponer una larga resistencia, i que la retirada del ejército patriota, que importaba desde luego el reconocimiento de su inferioridad i de su impotencia, iba a desmoralizarlo i a destruirlo antes de mucho tiempo. Estas observaciones no modificaron la resolución del jeneral en jefe. Aunque se presentaron esa mañana (7 de agosto) algunas guerrillas realistas por el lado del Téjar, nadie pensó en inquietarlas.

En esa misma noche comenzó a ejecutarse la retirada del ejército hacia las alturas de Callanco, replegándose de un punto a otro, i tomando otras precauciones para disimular esa determinacion. Los realistas trataron de ocupar los lugares en que habian estado situadas las baterías chilenas, i aun recojieron algunos despojos abandonados en el campo i varios caballos que habian quedado estenuados e inútiles para todo trabajo; pero los fuegos de la artillería patriota, desde sus nuevas posiciones, los obligaron a replegarse a la ciudad. Para facilitar la retirada, dispuso Carrera que el coronel don Juan de Dios Vial se dirijiese desde luego a Quirihue o a Cauquenes con el hospital de sangre, llevando para custodia de éste los milicianos que quedaban en el campo, encargados ademas, de cargar las camillas en que eran trasportados los heridos. Por fin, en la madrugada del 10 de agosto, i despues de un penoso trabajo para conducir los cañones por entre pantanos en que se atolaban a cada rato, los restos del ejército patriota se hallaron al pié del cerro de Callanco, en torno del cuartel jeneral que habia ocupado Carrera.

El verdadero objeto de este movimiento no podia pasar desapercibido a los jefes realistas. Sus espías los tenian mas o ménos al corriente de lo que pasaba en el campo patriota. Algunos de los desertores de este ejército habian ido a ofrecer sus servicios a la plaza, i comunicaban noticias bastante prolijas sobre la situacion a que estaba reducido (34). El padre Almirall, el día que se presentó a conferenciar con Carrera, habia observado lo suficiente para descubrir el verdadero estado de las cosas. En Chillan llegó a creerse que el ejército patriota estaba aniquilado, que no podria presentar en línea mas de seiscientos fusileros, i que las tropas de infantería i de caballería estaban tambien mui reducidas. En esta confianza, se organizó en la plaza una division compuesta de ochocientos infantes escojidos, cien dragones montados i trescientos milicianos, i se confió su mando al oficial valdiviano don Julian Pinuel, que desempeñaba el cargo de mayor jeneral o segundo jefe del ejército. Antes del amanecer del mismo 10 de agosto salió de la plaza esa division, en actitud de empeñar un combate decisivo. Pinuel debia aprovechar la oscuridad de la noche para llegar de improvisto

(34) Fué uno de éstos el teniente de milicias don Ángel Calvo, que, ofendido por el jeneral Carrera, pasó a tomar servicio en las filas enemigas, desempeñando luego comisiones importantes i distinguiéndose por su actividad i por su valor. Durante cuatro años hizo la guerra a los patriotas; pero habiendo caído prisionero en la batalla de Maipo, fué fusilado.

sobre el campamento de Carrera, enviarle una nota en que se le pidiese la rendicion inmediata de sus fuerzas, i en caso de negativa, caer sobre ellas sin pérdida de tiempo. Los realistas creian inevitable su victoria.

Pinuel, sin embargo, no se mostró a la altura del encargo que se le habia confiado. Las primeras luces del día lo sorprendieron «a media legua del enemigo; i no pudiendo reconocer su verdadera posicion, a causa de una oscura niebla, dice uno de los escritores realistas, hizo alto con su division (35)». Desde allí envió al comandante don José Hurtado a presentar a Carrera el oficio en que se le intimaba rendicion. «Aunque pudiera sin esta formalidad, decia Sanchez en ese oficio, destruir las miserables reliquias del ejército de V. S. por la protervidad con se ha negado a un partido ventajoso respecto al estado de abatimiento en que se hallaba al tiempo de mi propuesta, no es conforme a mi humanidad. Con todo, es indispensable que V. S. se entregue a discrecion, porque de lo contrario seré inexorable en hacerle sufrir todo el rigor de las leyes militares dentro de tan pocos momentos como son los que necesito para vencer la corta distancia que nos separa. Ahora es cuando debe acreditar V. S. la humanidad de su corazon evitando su muerte i la de todos los infelices que le acompañan, como el inevitable efecto del superior número i valor de mis tropas que solo aguardan la señal de atacar para darla.»

Este oficio, leído por Carrera en presencia de los demas jefes del ejército, produjo una irritacion indescrptible que luego se comunicó a la tropa. Inmediatamente se formó la línea para rechazar un ataque que parecia inminente. El jeneral en jefe contestó el oficio de Sanchez en términos del mas arrogante desaffo. «Las miserables reliquias del ejército de la patria, decia, esperan con la mayor impaciencia el formidable ejército que manda V. S. Ojalá hubiera escusado la formalidad del parlamentario para que hubiese llegado cuanto ántes el momento mil veces deseado... Tenemos precision de escarmentar a los malvados con el terror, pero ya es indispensable.» La actitud de los patriotas dejaba ver una resolucion ardiente de aceptar el combate con que se les amenazaba. «En presencia del parlamentario, dice Carrera, di la órden de no dar cuartel al enemigo. El mismo presenció el entusiasmo con que se disponia el ejército para la defensa. Le advertí que cualquiera otro enviado del jefe realista seria ahorcado. Como Hurtado tardase un poco en volver a su campo, llegó el capitan don Antonio Pasquel a exigir la respuesta. Ambos se la llevaron a su jeneral. Inme-

(35) Martinez, *Memoria histórica*, páj. 190.

diatamente se formó el ejército, se enarboló el pabellon tricolor, i se hizo una salva de veintiun cañonazos a bala (36).» El comandante Pinuel, no atreviéndose a empeñar el combate en la posición que habían tomado los patriotas, i sabiendo que éstos estaban apercebidos para la defensa, dió la vuelta a Chillan esa misma mañana. Algunas partidas volantes del ejército de Carrera lo siguieron hasta las inmediaciones de la ciudad lanzándole rechiflas i provocaciones. Allí los esperaba otra mortificación mayor. Los realistas que habían quedado en la plaza i que esperaban el desastre completo i definitivo de las tropas enemigas, acusaban a Pinuel de cobardía, sin querer aceptar las esplicaciones que éste daba para justificar su conducta.

Los cuerpos patriotas permanecieron todo ese día en Callanco sin que nadie los atacase. A entradas de la noche se continuó la retirada. La luz de la luna, en toda su plenitud, favoreció esta operacion penosísima en otras circunstancias, por cuanto era necesario arrastrar la artillería casi a brazos, por falta de caballos, i atravesando lodazales en que a cada rato se pegaban los cañones. «El único cañon de a 24 que nos quedaba, dice el mismo Carrera, se atajó en un pantano i todos los hueyes no pudieron sacarlo. Lo hice reventar quitándole los herrajes de la cureña, i se le dió fuego. Lo mismo se hizo con los palos de las carpas i con algunas otras cosas que no podían trasportarse. Lo cierto es que nada quedaba al enemigo (37).» El paso del rio de Chillan, que se hallaba muy crecido, se hizo en balsas improvisadas. Pero esto no puso término a las penalidades de la marcha que debia durar cuatro días mas hasta llegar al antiguo campamento de Coyanco.

Aquella retirada era la señal de una gran desorganizacion. El ejército patriota, como lo hemos visto, no se habia distinguido en aquella campaña por su disciplina; pero ahora los contrastes de la guerra parecian haber concluido con la moralidad de la tropa i excitado además los malos instintos de algunos oficiales i jefes. Por todas partes cometian los mas vituperables excesos que quedaban impunes, i que por esto mismo se achacaban al jeneral en jefe, i que no producian otro resultado que despertar el odio i la resistencia contra el gobierno patrio, e inclinar a las jentes pacíficas a servir a la causa de la reaccion (38).

(36) *Diario militar* de don José Miguel Carrera.

(37) *Diario militar* de don José Miguel Carrera.

(38) Las relaciones i los documentos realistas, refieren estos excesos de las tropas patriotas con un colorido tal que el espíritu se inclina naturalmente a creer que hai mucha exajeracion. Sin embargo, en los mismos documentos patriotas se encuen-

Esta desorganizacion producía el mas perjudicial abandono en los servicios del ejército. Habiendo llegado éste a las orillas del Itata en la tarde del 13 de agosto, el oficial encargado de la custodia de los pertrechos, descuidó esta atencion para ir a dormir a otra parte. «En la media noche, dice don José Miguel Carrera, una pequeña guerrilla enemiga sorprendió a los arrieros i se llevó mas de cien carpas.» Estando ese rio mui crecido por las lluvias, fué necesario construir balsas para pasarlo; i solo el 17 de agosto, despues de laboriosos afanes, se hallaron todos aquellos cuerpos en la orilla izquierda. En estos últimos dias de constantes alarmas, en que a cada rato se temía una sorpresa, i en que los soldados parecían haber perdido toda confianza en sus jefes, se señalaron por su valor inquebrantable, por su vijilancia incesante i por su celo en el servicio el coronel don Bernardo O'Higgins i el capitán don José María Benavente.

13. Los realistas se consideraban vencedores. Observaciones jenerales sobre esta campaña.

13. Los realistas de Chillan, aunque habian visto frustradas las esperanzas que concibieron en el proyectado ataque del 10 de agosto, celebraron la retirada del ejército patriota como una espléndida victoria.

Hicieron en la ciudad solemnes fiestas religiosas con repiques de

tran hechos que no dejan lugar a duda. Don José Miguel Carrera cuenta en su *Diario militar* que el dia mismo que el ejército patriota emprendió su retirada, tomó prisionero a un soldado de milicias, orijinario del Parral, que habia servido en el ejército realista, i agrega lo que sigue: «El brigadier don Juan José Carrera, sin mi consentimiento, le dió libertad para que fuese a decir a su nombre a Sanchez que saliese a batirse. El teniente don Juan Nicolas Carrera (primo hermano del jeneral en jefe), cuya alma feroz se complace en la destruccion de sus semejantes, estaba avanzado con una guerrilla; i habiendo encontrado al infeliz miliciano, le cortó la cabeza, i como en triunfo le quitó la oreja.» Véase la nota 48 del cap. anterior.

El segundo dia de marcha, las tropas patriotas acamparon para pasar la noche en la hacienda de una señora apellidada Ormeño, donde tomaron algunos lueyes para la reduccion de los cañones. «El dia 13, al marchar el ejército, i cuando ya habia montado a caballo, dice el mismo don José Miguel Carrera, vi arder las casas de la Ormeño i que la tropa corría a saquearlas. Mandé al coronel Mackenna para que remediase aquel desorden, i lo consiguió volviendo la tropa a su formacion i evitando que acabasen de incendiar el caserío. Me informó Mackenna que habia sido la obra del comandante jeneral de la segunda division (don Juan José Carrera), por no sé qué espresiones satracénicas de la Ormeño.» Éstos i otros muchos desmanes que deshonoraban al ejército i que quedaban impunes, eran cometidos de ordinario por militares que ni siquiera podian alegar en su favor el haberse batido valientemente contra el enemigo. Así, durante el llamado sitio de Chillan, el brigadier don Juan José Carrera, jefe de una de las divisiones patriotas, no asistió a ninguno de los combates que se dieron en las cercanias de la plaza.

campanas i salvas de artillería; e inmediatamente se hizo circular la noticia de estos sucesos en todos los campos vecinos hasta la frontera, para alentar a las jentes a levantarse contra los patriotas, cuya dominacion se pintaba como amenazada por una ruina próxima e inevitable.

Estaban entregados a estas manifestaciones de regocijo, cuando una nueva ventaja alcanzada sobre el enemigo vino a aumentar su contento i a infundirles mayor confianza en su situacion. El 8 de agosto habia salido de Chillan a la cabeza de treinta hombres bien armados i resueltos, aquel guerrillero Cañizares que cuatro dias ántes habia sorprendido un convoi patriota. Dando un rodeo para no tocar en el campamento de Carrera, se habia dirigido a la villa de la Florida, donde estaban detenidos bajo la custodia de una pequeña escolta, cerca de ochenta individuos apresados en Concepcion i sus cercanías por su adhesion a la causa de los realistas. Se contaban entre ellos diecisiete eclesiásticos de varias jerarquías, canónigos, curas i frailes, algunos propietarios de cierta consideracion, i muchos españoles, pequeños comerciantes o simples dependientes de comercio en Concepcion. Cayendo de improviso sobre la villa el 10 de agosto sin dar tiempo a que se organizara la resistencia, Cañizares consiguió apresar al juez del distrito i a algunos de los soldados patriotas, i puso en dispersion a los otros. Habiendo reunido a toda prisa los caballos que necesitaba para trasportar a los presos que habia libertado, el atrevido guerrillero se ponía el mismo dia en marcha para Chillan. «El 12 de agosto por la mañana, dice una relacion realista, entraron en esta ciudad sin mas aviamiento que la ropa que traian en el cuerpo, mojados por la mucha lluvia i estropeados por el camino. La mayor parte de ellos se acojó al colejo de los misioneros franciscanos, donde se les habilitó para socorrerse al pronto, i las mas permanecieron en él hasta el mes de abril del año siguiente (39).» Este golpe de mano que envalentonaba estraordinariamente a los realistas, era una prueba mas de la situacion precaria i peligrosa que los últimos sucesos habian creado a los patriotas.

En efecto, despues de cuatro meses i medio de una campaña que el jeneral Carrera i aun el gobierno habian creído concluir en unos pocos dias, la guerra presentaba un aspecto mui poco lisonjero, i amenazaba mayores i mas decisivos desastres, o a lo ménos una indeterminada prolongacion. Las ilusiones que los patriotas pudieron forjarse

(39) Frai Juan Ramon, *Relacion de la conducta observada por los misioneros de Chillan.*

despues de la fácil reconquista de Concepcion i Talcahuano, comenzaban a desaparecer ante el fracaso sufrido en las inmediaciones de Chillan. Los jefes realistas que mas de una vez creyeron perdido su ejército, i que despues de haber pasado por dias en que su ruina parecia inevitable, comenzaban a considerarse vencedores, han señalado las causas de ese cambio de la situacion respectiva de los belijerantes con tanta verdad como los mas entendidos entre los patriotas.

El padre frai Melchor Martinez, refiriendo estos sucesos sobre la autoridad de los documentos realistas, i bajo el dictado, puede decirse así, de algunos de los oficiales de ese bando, ha refundido esas observaciones en dos pájinas notables de su libro. «El intempestivo sitio de Chillan, dice el padre Martinez, fué tan mal meditado como mal ejecutado por Carrera, quien si atendiera mas a la razon que a su infundada presuncion, no debió esperar otro resultado que la ruina que esperimentó su ejército. En primer lugar, a juicio de los hombres inteligentes, debió seguir a Sanchez desde San Carlos, i aun haberle cortado la retirada a Chillan en el oportunísimo paso del rio Ñuble; i ya que perdió esta ocasion, haberlo bloqueado el dia siguiente en el mismo pueblo, sin darle tiempo a reforzarse i fortificarse, pues con este solo hecho se hacia dueño de Concepcion i Talcahuano, puntos indefensos que con cien hombres bastaba para tomarlos; i aun la misma jente de la ciudad, tan adicta al sistema revolucionario, era suficiente sin distraer la fuerza de su ejército.

«En segundo lugar, perdida la ocasion primera por considerarse Carrera inferior en la calidad de sus fuerzas, debió esperar la primavera para volver sobre Chillan, aumentando i disciplinando entretanto su ejército en cuarteles de invierno, en cuya estacion tan lluviosa e incómoda en aquel pais, i particularmente en aquel año, era imposible seguir la campaña con unas tropas bisoñas i desacostumbradas a toda fatiga. Esta sola inconsideracion le hizo perder mas jente que la que pereció a manos del enemigo, padeciendo tanto en el viaje repetido de Concepcion e igualmente en los campamentos, que los soldados, sin distincion de personas, estaban continuamente mojados i atolados hasta la rodilla en el barro, sin tener un palmo de terreno seco en que recostarse. De aquí resultaron las enfermedades i la desercion tan jeneral que no le quedó en tan poco tiempo la sesta parte de su ejército, añadiendo a esto la inmensa pérdida de cabalgaduras, confesando él mismo que no bajó de seis mil caballos el número perdido en aquel invierno.

«Consta por documentos fidedignos que Carrera empleó en el sitio

tres mil quinientos hombres de fusil, cinco mil de milicias montados, treinta cañones de todos calibres, i que tiró a la ciudad en los once días de asedio mas de seiscientas balas de a dieziocho i veinticuatro, con innumerables de menor clase, ni se olvidó de echar palanqueta i bala roja, sin mas resultado que una niña i un soldado muertos por su artillería, con unos diez o doce forados en otras tantas casas que, como son de adobe, no recibían otro daño, sin embargo de estar las baterías a medio tiro. De aquí se infiere el mal servicio de esta arma, i en proporción de todas las demas, resultado cuyo conocimiento no se debía ocultar a un jeneral (40).

«La fuerza con que se defendió Sanchez constaba de mil fusileros veteranos de los cuerpos de Chiloé i Valdivia, trescientos reclutas agregados de la provincia, doscientos artilleros de excelente servicio i aptitud, tambien valdivianos i chilotos, con treinta cañones desde el calibre de a dos hasta el de a ocho. Gozaba éste la ventaja de estar acuartelado en edificios cómodos, asistido el soldado con abundantes víveres, hospitales i servicio del vecindario. La ciudad estaba defendida con el fuerte de San Bartolomé, algo avanzado al encuentro del enemigo, i fortificado el cuadro con fosos i parapetos capaces de resistir a cuadruplicadas fuerzas de la calidad de las enemigas. Todas estas circunstancias que no debían ocultarse a Carrera i su gran consejo de guerra, compuesto del cónsul bostones (Poinsett), el ingeniero irlandés Mackenna, el rebelde Spano, con los demas jefes i consultores, perpetuaron la memoria de la necia conducta i el tenaz empeño de los chilenos, tan orgullosos en la menor prosperidad como abatidos i faltos de consejo en la desgracia. A Sanchez, por el contrario, no se le notó otro defecto que la condescendencia en la eleccion de jefe para la division que mandó Pinuel, con la que se juzga perdió la ocasion de coronar la defensa con la destruccion del enemigo (41).»

(40) El padre Martínez exajera algo el poco efecto de la artillería patriota, o a lo ménos solo toma en cuenta los estragos que hizo en la ciudad. Sabemos que en los combates que se dieron enfrente de Chillan, la artillería fué mui útil para rechazar al enemigo desorganizándolo i haciéndole sufrir no pocas pérdidas.

(41) Frai Melchor Martínez, *Memoria histórica sobre la revolucion de Chile*. Este fragmento se halla en las páginas 191-2 del libro impreso; pero nosotros lo copiamos del manuscrito autógrafa del autor para evitar varios errores que se hallan en la impresion. En el fondo, las observaciones del padre Martínez, que a no haber duda han sido inspiradas por algunos jefes realistas, son las mismas que ha consignado el juicioso jeneral Quintanilla en los apuntes que hemos citado en tantas ocasiones. Señala éste como graves errores del jeneral Carrera el no haber atacado a los rea-

Aquella campaña, es verdad, léjos de haber procurado alguna ventaja efectiva a las armas de la patria, habia fortificado el poder de sus enemigos. Pero si la direccion de las operaciones habia sido desacerutada, i si el ejército no habia recibido la disciplina i la organizacion convenientes, la tropa i muchos de sus oficiales habian desplegado admirables dotes militares, un valor a toda prueba, una resignacion heroica para soportar las mayores penalidades i una obediencia absoluta a los comandantes que con entereza i sangre fria los conducian al combate. Esa tropa, que entónces se iniciaba en la carrera de las armas, iba a desplegar en poco tiempo las mas admirables cualidades.

listas en el paso del Ñuble, el no haberlo estrechado inmediatamente en Chillan para impedirle que se rehiciera i que reforzase su ejército, i por último, en haber puesto a esta ciudad un sitio ilusorio. Se sabe que algunos de los jefes patriotas reprobaron desde el principio el plan de campaña del jeneral en jefe; pero que, vista la obstinacion de éste en ponerlo en ejecucion, se sometieron a seguir prestando sus servicios con toda decision. El coronel Mackenna, en el informe citado sobre la conducta militar de los Carreras, i Camilo Henriquez, en su memorial titulado *Ensayo acerca de las causas de los sucesos de Chile*, escrito en Buenos Aires en 1815 para presentarlo al supremo director don Carlos María de Alvear, han condenado en diversos tonos, el primero con ruda franqueza i el segundo con gran moderacion, el plan de campaña seguido por Carrera, dando razones mui semejantes a las que ha esplayado el padre Martínez en el trozo que copiamos. La correspondencia del doctor Vera, con su gobierno, como hemos dicho ántes, contiene apreciaciones mui parecidas sobre esos sucesos.
